

CONTEXTO; Entrega N° 1.651; Marzo 29, 2021.

LA PRINCIPAL AFIRMACIÓN PROSPECTIVA DE PRIMER TIEMPO

Juan Carlos de Pablo¹

Primer tiempo (Planeta, 2021, 303 páginas) es el título elegido por el ex presidente Mauricio Macri, para dar a conocer sus memorias presidenciales.

Un texto de esta naturaleza se puede leer desde varias perspectivas. Algunos lectores buscan roña; otros, información y confirmaciones. Yo le otorgué particular importancia a la perspectiva prospectiva.

En las líneas que siguen elaboro, y contrariamente a mi costumbre, primero presento mi interpretación y luego una síntesis de los párrafos que subrayé (el número que aparece entre paréntesis corresponde a la página del original).

. . .

Dicen que en cada película hay una escena que es “la” escena. Pues bien, en esta obra -desde la perspectiva prospectiva- hay una frase que cumple ese requisito. Frase muy corta pero bien contundente. Está ubicada al comienzo de la página 300, es decir, casi al final del libro. Se trata de una afirmación que consta de 4 palabras, 2 de las cuales son números.

2023 no es 2015

Importantísima, en más de un sentido.

2023 no es 2015, porque el Mundo no será el mismo; porque -en caso de ganar la elección presidencial- Juntos por el Cambio tiene que capitalizar la experiencia política

¹ Titular de DEPABLOCONSULT. Profesor en la UCEMA y en la UDESA. Miembro titular de la Academia Nacional de Ciencias Económicas. depablo43@hotmail.com

acumulada en el período 2015-2019; y porque lo mismo tiene que ocurrir con el abordaje de la porción de las políticas públicas que tienen que ver con la economía.

Fácil de decir, acotará el lector. De acuerdo, pero mucho peor sería que el ex presidente dijera que 2023 ES 2015.

El accionar de un partido político de la oposición es múltiple, aquí me ocupo de un par de cuestiones para ayudar a darle contenido adecuado a un planteo general que me parece correcto. Una de dichas cuestiones se refiere a los objetivos de la política económica, el otro a los instrumentos.

¿Qué debe proponerse hacer un presidente de la Nación?

En más de una ocasión, en el texto Macri afirma que ni la sociedad ni el círculo rojo le demandaron que realizara reformas económicas. Sumado al hecho de que, al no contar con mayoría en el Congreso, le hubiera resultado muy difícil su aprobación. Dejo esto último porque, más allá de su importancia, es ajeno al punto que quiero plantear.

¿Le pedía la sociedad a Arturo Frondizi, que diera “la batalla del petróleo”; le pedía a Carlos Saúl Menem que privatizara las empresas públicas; le pedía a Fernando De la Rúa que mantuviera la convertibilidad? Respuestas: no, sí y sí, respectivamente.

En efecto, la necesidad y urgencia del autoabastecimiento petrolero eran obvios para cualquiera que analizara la balanza comercial, pero no necesariamente para mi tía Carlota; las privatizaciones eran deseadas por los argentinos, cansados de no conseguir teléfono o los sistemáticos cortes de electricidad; y la única promesa electoral del candidato triunfante en la elección presidencial de 1999, fue que no iba a devaluar.

Un presidente de la Nación demasiado adelantado a su tiempo, probablemente fracase por un tema de incomprensión; pero un presidente que limite su accionar a lo que le pide la sociedad, probablemente tampoco triunfe. Como de costumbre, se trata de una cuestión de equilibrio.

¿Qué debe aportar el equipo económico?

La congruencia del programa, condición necesaria del éxito. La cual, combinada con la relevancia -tanto económica como política-, permite acercar los objetivos de la política económica, a la realidad futura.

El presidente Macri prefiere 1.000 reformitas, a 4 superreformas. No me voy a enredar en esta discusión, pero señalo que verificar la congruencia, cuando la política económica se implementa vía 1.000 reformitas, es mucho más difícil que a través de 4 superreformas.

El atractivo de las 1.000 reformitas es que aleja las discusiones de la grandilocuencia, tan atractiva en los medios de comunicación, y las reuniones familiares o de amigos, pero tan

poco útiles desde el punto de vista práctico. A las reformas laboral, impositiva, etc. hay que darles contenido específico, y sobre esto tienen que trabajar los que saben.

Shock versus gradualismo es un verdadero desafío en términos decisorios. Los argentinos, super ansiosos, vemos con mucha desconfianza una política antiinflacionaria que proponga disminuir la tasa de inflación a un dígito anual, en un quinquenio.

Si se elige la implementación gradual, es muy importante que desde el comienzo mismo se conozcan todas las medidas que se van a aplicar. Cuando los subsidios, los impuestos, las prohibiciones, etc., se anuncian e implementan “de uno por uno”, el afectado por la medida siente que se trata de algo personal, no parte de un programa general.

Última, pero no menos importante. Más allá de sus virtudes técnicas, la política económica en 2023 enfrentará el problema de la credibilidad en la permanencia de las reformas. Porque una misma medida de política económica genera resultados bien diferentes, dependiendo de si el sector privado la cree transitoria o permanente. Aquí se combinan el problema técnico de la sostenibilidad de las medidas, y el problema político de -como se dice- convertirlas en “políticas de estado”.

Es fácil acusar a la dirigencia de tener “miedo a crecer”, pero en función de la historia, lo que tanto la política en general, como la política económica en particular, tienen que reducir, es el “miedo a arriesgar”.

En una palabra, los economistas que participen de esta tarea enfrentan flor de desafío; pero ayuda el hecho de que cuentan con algún tiempo para trabajar, para que 2023 no sea 2015.

. . .

Sintetizo a continuación lo que más me impactó del texto. No eliminé las duplicaciones, porque constituyen una buena señal de la importancia relativa de las ideas.

2023. 2023 no es 2015 (300). Viene un mundo lleno de incertidumbre, cada vez más caótico, en el que nada puede darse por sentado (170). Juntos por el Cambio tiene chances reales de volver al poder en 2023, pero esta vez con mayorías consolidadas y un mandato más claro sobre los acuerdos que necesitamos para sacar el país adelante (274). Está la cuestión de si al Estado argentino le hacen falta 3 o 4 grandes reformas, o si necesita 1.000 pequeñas reformas, para desatascar procesos y reparar injusticias acumuladas durante décadas. A mí me gusta pensar que son las 2 cosas, pero siento un cariño especial por el segundo tipo de reformas (72). No es mi rol [siendo ex presidente] el de ser comentarista de la realidad (214). Mi trabajo es silencioso, pero mi silencio no es complacencia (301).

Presidencia. Ningún periodista puede imaginar lo que vive por dentro un presidente. Es un trabajo muy duro. Es al límite, las 24 horas, todos los días (13). El gobierno es una tarea de enorme complejidad. No es fácil percibirlo desde afuera (299). Uno de los aprendizajes de

la presidencia es la necesidad permanente de mantener la calma (264). En un mes cualquiera de gestión se pueden acumular decenas de temas distintos, algunos más críticos que otros, que exigen atención inmediata, al mismo tiempo que uno debe mantener la mirada en el horizonte, sosteniendo el rumbo sin volverse loco con los temas del día. No hay meses fáciles en una presidencia (154).

Horacio [Rodríguez Larreta] siempre dice que la gestión pública es como mover una piedra hacia arriba en un plano inclinado: si uno deja de empujar no se queda quieta, vuelve para atrás (40). Lo peor que le puede pasar a un líder es alejarse de la gente. El mejor antídoto no son las encuestas ni los focus groups sino sentarse a conversar, y sobre todo, a escuchar (221). Estos encuentros fueron mi radar, mi brújula y mi mapa. La vida real no sale en la tele ni circula por las redes (222). No es la tarea de un presidente meter preso a nadie. La tarea de un presidente es respetar y fomentar la independencia de los poderes (21).

Buenos Aires fue un paso importantísimo en la construcción de una agenda internacional nueva. El entendimiento que tuve con [Barack] Obama y [Donald] Trump fue inédito en nuestra historia. Ambos nos visitaron. Pensemos que sólo en 7 ocasiones nuestro país recibió la visita de presidentes de Estados Unidos. Que 2 de ellas hayan transcurrido durante mi mandato es un reflejo del éxito de la estrategia que nos habíamos propuesto (166). El vínculo personal fue la razón clave. La confianza es el eje de toda política (167). Esa relación [con Trump] no exenta de afecto y respeto fue de gran ayuda para nuestro país, sobre todo cuando necesitamos el apoyo de Estados Unidos en el Fondo Monetario Internacional. La conversación entre líderes es algo fundamental. La relación entre los países no sólo se define en la arena diplomática tradicional. La diplomacia presidencial, el entendimiento al más alto nivel, es imprescindible. Hay un elemento humano que nace producto del encuentro en infinidad de conversaciones e intercambios de puntos de vista (174).

Fuero íntimo. La bronca, el resentimiento y el odio, no sirven, enferman (19). Las teorías conspirativas son algo muy peligroso (62). No es fácil vivir en Olivos. Es una mezcla de hotel con destacamento militar. Los Abrojos, mi lugar de toda la vida, fue muy importante para mí durante los 4 años de la presidencia. Fue mi cable a tierra. Olivos era el trabajo (15). La política generó cambios en mi visión de la realidad. Me permitió entender más la situación de los demás, la vida del ciudadano común. Me hizo mirar la pobreza de frente. Me ayudó a ponerme en el lugar de los otros (233). Pero también aprendí que tengo mis límites, que el poder puede ser alienante, y que siempre es pasajero (234).

2015. Nuestra victoria también había sido inesperada, en parte para nosotros mismos (24). Teníamos tan claro qué tipo de país queríamos ser, cuáles eran las reglas y los mecanismos de los países que habían logrado dejar sus problemas atrás, que prestamos menos atención de la debida a la transición entre la Argentina agotada que recibimos y la Argentina dinámica a la que aspirábamos (189).

Tenía mucho menos poder del que parecía. Aunque la Argentina es un país presidencialista, la realidad es que Cambiemos tenía minoría en ambas cámaras del Congreso y gobernaba en sólo 5 provincias (27). Las hendiduras por las que podíamos colar reformas, sobre todo las relacionadas con la economía y lo social, eran muy finitas (79).

Tuve que enfrentar una situación insostenible e indefendible, pero con aprobación popular, mediática y política, combinada con actores que no sólo no querían reformarse sino que buscaban multiplicar su acceso a la caja del Estado (77). Tuvimos que encontrar muy rápido el punto de equilibrio entre el cambio, que había sido la palabra principal de nuestra campaña, y la gobernabilidad, que es la capacidad de ejercer el poder sin ser puesto a prueba constantemente (80). ¿Cómo debe plantearse un presidente su ambición reformadora: debe gobernar en base al acuerdo político del que dispone, o debe ofrecer una visión de país y buscar los apoyos para alcanzarla? (84).

Liderazgo. Otra razón por la cual contamos la herencia recibida, pero sin transformarla en el eje de nuestro mensaje político, fue que la sociedad no quería escuchar ese mensaje (30). [A fines de 2015] no todos querían el cambio económico (237). El mandato político con el que llegué a la presidencia era cambiar el estilo del gobierno anterior y revertir la falta de respeto por el ciudadano, el abuso y el uso del Estado en beneficio propio. Pero la mayoría no nos estaba pidiendo un mandato mayoritario de cambio económico profundo. Esa demanda de cambio económico no sólo no estaba presente de la sociedad, sino que tampoco estaba presente entre los actores importantes, salvo algunos empresarios jóvenes, de sectores competitivos (76). Ni la sociedad, ni una parte significativa del círculo rojo, tenían clara la urgencia de la situación. Además, como políticamente teníamos mandato para cambiar el estilo político del gobierno, pero no necesariamente el rumbo económico, y arrancamos con una debilidad extrema en las cámaras del Congreso, y en el reparto con los gobernadores, cada cambio debía ser consensuado y medido y analizado con mucho cuidado (179). ¿Cómo se le comunicaba a una sociedad y al mundo político, que nos estábamos acercando a una crisis invisible, pero destructiva, si no torcíamos el rumbo inmediatamente? No era fácil (180). La pregunta de fondo es política, y creo que la mayoría de nuestros dirigentes todavía no quieren hacérsela: ¿vamos finalmente a hacer los deberes que ha hecho todo el mundo, a poner nuestras cuentas en orden, a tener una moneda, tener un mercado laboral moderno y productivo y un presupuesto equilibrado y respetado por todos? (181).

Miscelánea. Muchos le atribuyeron a Jaime [Durán Barba] un poder que nunca tuvo (45). Desde que todos contamos con los celulares inteligentes, la incidencia del círculo rojo se ha relativizado bastante (46). Hay 3 cosas que ni el mismo Dios conoce: ¿cuánta plata tienen los salesianos; cuántas congregaciones de monjas hay en el mundo; y -sobre todo- qué piensa un jesuita? (56). Creo que dediqué demasiado tiempo a la gestión y poco a involucrarme de manera personal en llegar a acuerdos (87). Los sindicatos que representan a las personas que trabajan en el sector privado suelen tener más en claro por dónde pasan los problemas y sus soluciones (103). El capítulo dedicado a la economía es el más difícil de escribir para mí (177). Toda decisión de política económica tiene variadas consecuencias en infinidad de direcciones, por lo cual mover una perilla hacia un lado genera efectos en otros, con frecuencia no lineales, algunos inesperados e incluso beneficiosos (190). Sigo sin creer en el modelo del superministro de economía, que tanto me reclamó una parte del establishment durante años. Cuando uno se entrega [sic] a un ministro de economía que controla todas las áreas asociadas, se está entregando al fracaso o al acierto de una sola persona, que puede salir bien o mal (187).